

Crítica de libros

Esperanto and its Rivals. The Struggle for an International Language

Roberto Garvía

(Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2016)

Con la publicación de *Esperanto and its Rivals*, Roberto Garvía nos vuelve a sorprender con un análisis sociológico clásico y mixto sobre una paradoja peculiar: ¿por qué un lenguaje artificial (una tecnología de la comunicación) triunfa sobre otras alternativas? Al centrar su análisis en este interrogante, Garvía replica la estrategia que siguió en *El país de los ciegos*, donde da cuenta de una organización sin parangón como la ONCE, y en *Loterías*, donde explica el caso único de España, país en el que pase lo que pase (guerras, inestabilidad política) se consume más lotería que en ningún otro. En *Esperanto and its Rivals*, Garvía identifica el esperanto como un fenómeno social único y paradójico: un lenguaje vivo que sobrevivió a otras lenguas artificiales rivales en un contexto nada propicio caracterizado por un reverdecimiento de lenguas nacionales en el marco de la primera globalización moderna (siglo XIX) que aumentaba la interconexión, la necesidad de cooperación internacional y fomentaba la necesidad de una lengua franca. Los partidarios de las lenguas artificiales, nos dice Garvía (p. 2), se hacen notar para «dejar claro a quien quisiera escucharles que habían encontrado la solución» a esa necesidad. Volapük, esperanto, ido, reform neutral, latino sine flexione, occidental, novial o basic english son algunas de las soluciones propuestas, pero solo el esperanto sobrevivió transformándose en una lengua viva.

Garvía plantea su estudio como un ejemplo más de rivalidad de tecnologías alternativas que compiten por convertirse en la tecnología estándar (Betamax vs. VHS, teclado QWERTY vs. Dvorak, corriente alterna vs. continua). Pero se trata de tecnologías finalistas, generalmente con un único uso u objetivo, listas para su adquisición y cuya evolución depende de los departamentos de I+D de empresas o instituciones. Por el contrario, las lenguas artificiales son tecnologías de comunicación (bienes públicos, colectivos) que cumplen funciones diversas (comunicación, creadores de identidad, generadores de comunidades de hablantes), sus usuarios introducen cambios y las hacen evolucionar según sus deseos y necesidades. De ahí la relevancia de la comunidad de hablantes que desarrolla acciones colectivas: la adopción de una lengua artificial es más el resultado de la acción colectiva que individual, por mucho que sea el individuo quien tome la decisión final sobre aprender una lengua u otra. Parte de la originalidad del estudio de Garvía radica en el análisis de los movimientos sociales que se generan alrededor de las lenguas artificiales. Estos movimientos son una suerte de energía colectiva que se concreta en la publicación de periódicos, creación de escuelas y programas de enseñanza, celebración de congresos, emergencia de disputas diversas sobre la normalización de la lengua, y su característica es que rivalizan unos con otros.

La rivalidad genera ganadores y perdedores y mientras que el esperanto venció y sigue vivo otras lenguas artificiales han dejado de existir. La cuestión fundamental es saber por qué el esperanto sobrevive. Para ello, se requiere responder *á la Durkheim*, buscando las causas sociales prescindiendo de la explicación basada en la superioridad técnica de cualquier

tecnología, y á la Weber, recurriendo a la *Verstehen* para analizar el contexto de significado que da sentido a las acciones de los actores principales de la batalla de las lenguas artificiales.

Garvía entiende, en la línea de los historiadores económicos, que la supervivencia del esperanto es el resultado de las decisiones individuales, de manera que la «decisión de una persona de adoptar una tecnología en lugar de otra aumenta la probabilidad de que la siguiente persona lo haga» (p. 4). Pero esta decisión no se toma en el vacío, sino en un contexto social determinado por instituciones y acciones colectivas y estas son también el resultado de dos elementos clave en todo movimiento social: el papel del liderazgo original o fundador y la estrategia desplegada para extender el uso de la lengua y dotarla de unas normas. Así, indica Garvía (p. 6), las «concepciones [de los fundadores] sobre cómo funciona la lengua y las estrategias organizativas que avanzaron determinaron en gran medida la respuesta de sus seguidores y, en última instancia, el destino de sus lenguajes». El autor analiza *in extenso* solo los tres lenguajes artificiales más significativos (volapük, esperanto e ido), aunque en el capítulo 14 da cuenta de otras propuestas como el novial, basic english u occidental.

Volapük fue una lengua artificial que tuvo un éxito internacional fulgurante. Fue diseñada para la comunicación científica aunque también se podía usar para producir obras literarias, para la promoción de la paz internacional o para evitar costes de transacción lingüística entre gente de negocios. Pero no fueron estos los objetivos de la creación del volapük. Como señala Garvía (p. 23), el inventor de esta lengua (Schleyer, un cura católico ultramontano alemán) «no creó un lenguaje internacional para solucionar problemas de comunicación; llegó a este lenguaje casi a través de la revelación [en 1879] [...]. Para Schleyer, Volapük no era la solución a un problema, sino una solución en busca de un problema». Y como tal, aglutinó una serie de instituciones y grupos en su contra, desde la Alianza Francesa (una organización patriótica), nacionalistas varios, periodistas y lingüistas, hasta vedetes y operetas, pasando por otras lenguas artificiales que generarían el «canibalismo lingüístico» analizado sobriamente en el capítulo 17. Pero el fracaso del volapük como lengua franca lo explica Garvía recurriendo a la literatura en sociología de las organizaciones sobre la marca de nacimiento (*imprinting*): la estructura y estrategia que adopta una organización en sus inicios se explica en buena medida por las experiencias organizativas previas de sus fundadores.

Esta marca de nacimiento es la manera en que el fundador entendió cómo debía gestionarse la evolución de la lengua cuando inevitablemente aparecieron reformistas al proyecto inicial concebido por Schleyer. El fundador reacciona de manera autoritaria y poco receptiva al debate. Más allá de la personalidad del creador del volapük, la explicación descansa en el contexto de significado del actor que, en este caso, no es otro que el autoritarismo de la Iglesia católica menos liberal envuelta de lleno en el *Kulturkampf*. Scheleyer se alinea con Pío IX y sirve en el campo de batalla cultural más opuesto a Bismarck. Nos dice Garvía (p. 55): «la lengua era Volapük, pero el metalenguaje era autoridad¹. Y la autoridad [en el sentido de autoritarismo] la aprendió de sus décadas de servicio a la Iglesia católica». Esta estrategia resultó fatal para el desarrollo y extensión del volapük, ya que la gestión del conflicto vía autoritaria desincentiva a las bases, impide cualquier intento de reforma de la lengua y termina por liquidar el movimiento.

¹ O «jerarquía y disciplina», como se indica en la p. 141.

El fracaso del ido como lengua artificial (además de las divisiones internas del movimiento) se explica también por la marca de nacimiento que imprimió Couturat, su creador, al movimiento. Couturat, profesor universitario, busca reproducir la distinción entre «científicos» y «legos» asumiendo que las decisiones sobre el ido corresponden más a los primeros que a los segundos. El ido es un lenguaje artificial que deriva de una reforma fracasada del esperanto y que encuentra su reconocimiento (con artimañas varias, p. 134) a principios de siglo xx. La estrategia de expansión del ido lleva a crear una Academia que decide acerca de la renovación de la lengua en lugar de sus hablantes. Pero el resultado fue que los hablantes del ido asistían a reformas continuas en las que no tomaban parte, generando un cierto caos lingüístico que incluía varias versiones oficiales. En consecuencia, concluye Garvía (p. 141), «estando en construcción permanente y nunca fijado o estandarizado [normalizado], Ido no podía ganar la batalla de la estandarización», especialmente porque el objetivo de Couturat y la Academia era convertirse en una sociedad ilustrada que ofreciera un lenguaje perfecto más que perseguir la creación de «una comunidad de hablantes compuesta por personas vinculadas emocionalmente a la lengua» (p. 141) que la hicieran evolucionar. Para finales de los años veinte, el ido había dejado de existir, pero tuvo una consecuencia inesperada: contribuyó a reforzar la cohesión interna del esperanto y sus seguidores.

El éxito del esperanto radica en el desarrollo de algunas ideas del propio fundador (Ludwig Zamenhof) que imprime al funcionamiento y estrategia del movimiento social, tamizadas por las ventanas de oportunidad que propicia el contexto internacional y varios *ethos* que terminan «apegados» a la lengua por mor de las condiciones de sus hablantes.

El esperanto nace como solución a un problema internacional percibido por Zamenhof y tamizado por su experiencia como judío de la *Haskalah* (una suerte de judaísmo renovado, secularizado, tolerante y racional) en un entorno de linchamientos a minorías étnicas (pogromos) y auge de los nacionalismos. Aunque Zamenhof flirtea inicialmente con el nacionalismo (versión sionista), su pensamiento evoluciona para ubicar esta ideología o cosmovisión en el origen de conflictos étnicos. En el momento en que los nacionalismos pasaban por las fases A y B del modelo de Hroch y se esforzaban por la reinención para la normalización de las lenguas (su estandarización) y la creación de comunidades nacionales diferenciadas, Zamenhof, nos dice Garvía (p. 64), «inventa una lengua neutral basándose en las lenguas indoeuropeas para crear una comunidad no nacional de hablantes que se puedan relacionar unos con otros como agentes morales autónomos y no como recipientes pasivos de tradiciones heredadas o inventadas». Es decir, el esperanto nace con un objetivo, con una misión política vinculada a ideas de justicia y fraternidad universal (p. 76). Nace como respuesta a una necesidad percibida. Y esta marca de nacimiento es la que, según Garvía, permite su desarrollo con éxito.

Pero las intenciones pueden no desarrollarse en la práctica si no existe un grupo de hablantes que mantenga viva la lengua, la despliegue en diferentes facetas de la vida y la use generando una especie de comunidad interconectada. Para ello se requiere, por un lado, que tal comunidad exista y para ello se desplegó, siguiendo el modelo abajo-arriba la mayor parte de las veces, una estrategia de expansión basada en la creación de periódicos, escuelas, programas de enseñanza, congresos, alianzas con editoriales e instituciones (por ejemplo, escuelas), un directorio internacional de usuarios (tarea que se antoja titánica a finales del XIX y comienzos del XX) y, sobre todo, el florecimiento de organizaciones locales motivadas para extender el uso de la lengua aunque débilmente coordinadas con la organización central. Por otro lado, se requiere que la lengua les sea útil, lo que implica que la lengua

evolucione y que las disputas lingüísticas sean resueltas de alguna manera para evitar el caos lingüístico. En los casos de volapük e ido, la solución a las disputas viene de la mano de órganos especializados. En el esperanto se siguió una estrategia más participativa y abierta en consonancia, nos dice Garvía (p. 68), con la experiencia organizativa previa del fundador, que antes de lanzar el esperanto participó activamente en un movimiento antecesor del sionismo, donde aprendió la necesidad de dar voz y facilitar el compromiso de los miembros. La consecuencia es la creación de una comunidad diversa en varios aspectos (profesión, educación, religión, sexo, edad, territorio, lengua materna, etc.), pero más o menos integrada por el uso de una lengua internacional común. A esta comunidad, Zamenhof la denominó *Esperantujo* o país de los esperantistas (p. 87).

La virtud de la construcción del *Esperantujo* fue la transversalidad, amparada y fortalecida por la marca de nacimiento democrática del movimiento, como muestra Garvía en los capítulos doce al quince. Hubo esperantistas organizados (independientemente del territorio) en los movimientos pacifistas, feministas, vegetarianos, espiritistas, teosóficos, católicos, protestantes, ateos, socialistas (incluso nazis, a pesar de que Hitler censuró el esperanto), comunistas, anarquistas, liberales, conservadores, herderianos, y otros que Garvía investiga minuciosamente.

La transversalidad, en combinación con el reclutamiento a través de contactos personales, genera la diversidad social que detecta Garvía y que puede ayudar a explicar la vitalidad de la expansión del esperanto en ausencia de una organización central que controlara (modelo arriba-abajo) la difusión de la lengua. Así, nos dice Garvía (p. 101), «el movimiento del Esperanto se acerca más a la colección de redes sociales que al modelo de actor unitario: lo que el movimiento carecía de organización centralizada lo ganaba en diversidad». Y esta diversidad está en el origen del éxito del esperanto para penetrar en diferentes segmentos de la sociedad gracias a tres elementos que fueron críticos en la batalla de las lenguas artificiales: «el potencial para expandirse en diferentes direcciones, la adaptabilidad y resiliencia creada por los diferentes usuarios del esperanto, y el mérito de resaltar las comunidades de hablantes sobre la perfección técnica» (p. 128).

La comparación de los movimientos asociados a los tres lenguajes artificiales dirige a Garvía (p. 156) a una conclusión fundamental: «existen diferencias sustanciales en sus estrategias organizativas que pueden ser explicadas por los modelos mentales y predilecciones asentadas de sus líderes» en combinación con los mensajes y propósitos asociados a las lenguas. Schleyer imprime al movimiento de apoyo al volapük un estilo autoritario (modelo arriba-abajo), reflejo de la organización de la Iglesia católica, Zamenhof marca desde el principio al esperanto como un movimiento inspirado en el protosionismo participativo y generador de compromiso de sus miembros (modelo abajo-arriba), mientras que Couturat imprime al ido el estilo tecnocrático de la división del trabajo típica de la Academia (modelo arriba-abajo), con tintes elitistas.

Al final, solo el esperanto sobrevive. Aunque sigue siendo una lengua viva², ha fracasado como lengua franca internacional. Garvía intenta explicar este fracaso recurriendo a tres factores (pp. 159-64). Por un lado, la rivalidad entre los movimientos generados por los lenguajes artificiales, incapaces de generar sinergias para avanzar en la idea de una lengua universal susceptible de ser apoyada institucionalmente. Por otra parte, la aparición de tecnologías que

² Véase la web de la Federación Española de Esperanto.

facilitaban la traducción, que hicieron menos relevante la solución del esperanto como tecnología de comunicación. En último lugar, y probablemente más relevante, la creencia extendida de que las lenguas van asociadas a grupos étnicos, naciones o Estados que, a su vez, compiten por una cierta hegemonía. Con esta creencia, sugiere Garvía (p. 164), «en la era del nacionalismo y de rivalidades nacionales, una lengua artificial no podía tener éxito si no era adoptada por una nación para formar parte integrante del proyecto de construcción nacional».

Esperanto and its Rivals es una contribución valiosa a la literatura que aborda las relaciones entre la sociología de las organizaciones y la de los movimientos sociales. Recurriendo a un análisis comparado, el texto combina estas dos especialidades sociológicas que hasta hace poco vivían de espaldas una a la otra. Los resultados a los que llega Garvía señalan la ventaja de contextualizar históricamente la huella de los fundadores y las dinámicas organizativas que se generan entre líderes y miembros para explicar el éxito o fracaso de los movimientos sociales que dan sustento al uso de las lenguas artificiales. Además de por estas razones de orden teórico, el libro es muy recomendable también para historiadores y gente en general curiosa, dado lo fascinante que por sí mismo fueron, y todavía son, estos movimientos a favor de un lenguaje artificial.

por Xavier COLLER
xaviercoller@upo.es

The Paradoxes of Aid Work: Passionate Professionals

Silke Roth

(London-New York, Routledge Humanitarian Studies, 2015)

Entre las salidas profesionales ofertadas para las personas graduadas en ciencias sociales siempre aparecerá un epígrafe que dice, a grandes rasgos: tercer sector, ONGs y organismos internacionales. Sin embargo, se sabe muy poco de la labor que realizan estos trabajadores, más allá de los retratos estereotipados y los imaginarios asistenciales que aparecen en los anuncios de las propias organizaciones, en películas, documentales, programas de TV y libros que buscan dinero, lágrimas y conciencias críticas.

Desde el último cambio de siglo, el interés académico ha ido en aumento generando un primer corpus sobre las problemáticas particulares de los *aid workers* —cooperantes internacionales y trabajadores humanitarios—. El libro de la socióloga Silke Roth, *The Paradoxes of Aid Work, Passionate Professionals*, ocupa un lugar primordial en esta literatura al convertirse en el primer libro específico, empírico y sistemático sobre el tema, más allá de algunas compilaciones, artículos dispersos y trabajos biográficos.

El trabajo de Silke Roth aporta una visión compleja de estos heterogéneos profesionales de las intervenciones sociales, mostrando las paradojas de unas vidas marcadas por los destinos de sus misiones, situados mayoritariamente en países afectados por los procesos